

de lejos, la belleza de su conjunto encerrado entre montañas. Y la terrible nostalgia del Andalosí cuando está de ella ausente.

Si ahora, con desgarrón doloroso de la lfrica, pasamos a una sobria caracterización técnica del paisaje de la huerta, podremos hacerla así: Color: predominio franco del verde y azul en tonalidades claras, en ocasiones grisáceas, envueltas en un velo blanquecino por la enorme luminosidad. Se agrega la nota alba de las casas escondidas entre los árboles («palomas» y «veleros» de nuestros poetas). Formas: gran riqueza de ellas, formas concretas cercanas, que dejan poco lugar a las grandes síntesis figurales imaginativas; morcerales, naranjos, limoneros, frutales, palmeras, cañaverales en las motas de las acequias, que surgen, siempre, a no muchos metros por uno u otro lado. Dimensionalidad: escasez de horizonte: los árboles tapan la huerta. En la huerta es difícil contemplar lejanías; cuando se entreven son montañas a distancia media, ni tan cercanas que nos abruman ni tan lejanas que pierdan realidad; tienen casi siempre un carácter concreto, macizo, «palpable» con la mirada. Y, sobre todo, ésta, la mirada, y con ella el alma no llega a los montes en busca de algo donde asirse; por el contrario, sólo trabajosamente podrá liberarse de la captación de las gratas formas coloreadas inmediatas. No hay lugar a un juego de «pantallas» sucesivas (en el «argo» pictórico) que den al ojo y al espíritu sensación de profundidad.

En nuestro largo recorrido por el tema me parece que tenemos ya elementos suficientes para con cierta rapidez interpretar la probable actuación de este paisaje sobre el hombre que lo habita: el predominio del color permite ya suponer una fuerte influencia afectiva del paisaje, pero no se trata de colores bravíos de la serie caliente—el rojo y el amarillo—sino de la serie fría: el verde y el azul. Según sabemos ya, y lo re-

